

LA SAETA

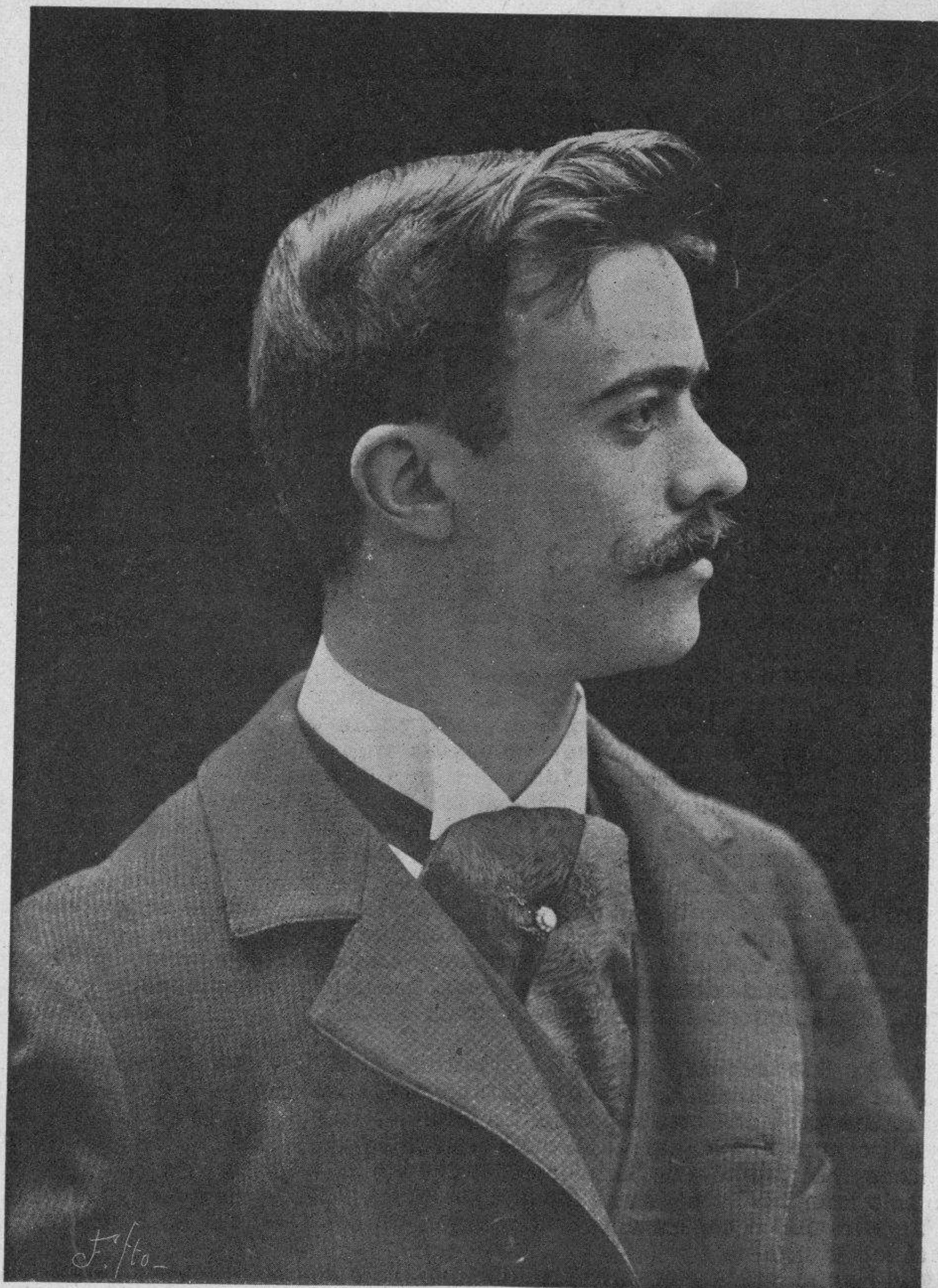
SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 13 de Mayo de 1897

Núm. 338

NUESTROS PINTORES



JOSÉ TRIADÓ



La guerra

Todas las ventajas que al romperse las hostilidades obtuvieron los griegos, se las ha llevado el viento producido por el avance de las tropas turcas. En Tessalia, la línea helena que daba frente al sitio por donde se imaginó que atacarían los otomanos, tuvo que huir sin combatir siquiera; sufrió una derrota espantosa, tuvo millares de bajas sin que el enemigo se las causara. El miedo invencible produjo la catástrofe. Las divisiones de Edhem-bajá avanzaron por derecha é izquierda rechazando destacamentos y avanzadas. Dos frentes oblicuos adelantando hacia el centro griego, dejaban este ejército dentro de unas fauces desmesuradas de hierro y fuego. Si esas fauces se cerraban, la destrucción era completa, el desastre irremediable. Se ordenó la retirada de Larina. A las dos horas la retirada era fuga vergonzosa. En el Epiro no han tenido los griegos más fortuna. Cogidos también de flanco, han debido ceder terreno y también en vez de batirse ordenadamente en retirada, han huido dejando en poder del adversario fusiles, municiones y artillería.

Lo ocurrido en las llanuras tessalianas no es nuevo. Sadowa y Sedan lo atestiguan. En la primera de esas batallas, el cuerpo de ejército que mandaba el Konprinz se retrasó unas horas, y el que mandaba el rey Guillermo, y tenía como jefe efectivo al mariscal de Moltke, tuvo que sostener el choque de todas las tropas austriacas. Pero cuando ya los prusianos no podían aguantar más, sonaron tres cañonazos hacia Oriente, y una furiosa carga de cuatro mil caballos obligó á los austriacos á dar frente al nuevo enemigo que surgía por la espalda. Detrás de aquella caballería se veían las masas profundas de los regimientos de infantería, y en los claros que entre sí dejaban, empezó un fuego de cañón horroroso. Benedek se retiró con pérdidas enormes. En Sedán ocurrió algo parecido. Las divisiones francesas se sentían abrasadas por todos lados. No era la superioridad numérica lo que las paralizaba y deprimía, sino la superioridad de posición.

En Larissa y en Epiro ha sucedido lo mismo. Lo propio ha ocurrido en Farsalia. Esta población y la línea de defensa de que es clave, han sido ya abandonadas, y el grueso del ejército griego se apresta á defender la línea de Domokos, en el macizo de los montes Ofhrys.

Grecia ha sido vencida y pide ya misericordia. Si no hay una intervención de las potencias, las turcos pisarán de nuevo el Acrópolis. Lo probable es que aquéllas interpongan su mediación y que cese la guerra. La Gran Bretaña, que enfrascó al rey Jorge y al gabinete Delyannis en tal aventura, debe estar satisfecha. La cuestión de Oriente se ha complicado, y el gabinete de Saint-James no ha tenido que hacer ningún gasto ni sacrificar un solo hombre. De fijo que á los griegos no les hace mucha gracia el caso; pero lord Salisbury dirá que es conveniente lo ocurrido para los intereses de la civilización, y se quedará tan tranquilo.

Abdul-Hamid puede estar satisfecho de la bravura de sus tropas, de la pericia de sus generales y del mimo con que le ha tratado la suerte. Esa cuestión de Creta y de Grecia,

que amenazaba acabar con su trono y con su patria, afianza aquél y da nuevo vigor á ésta.

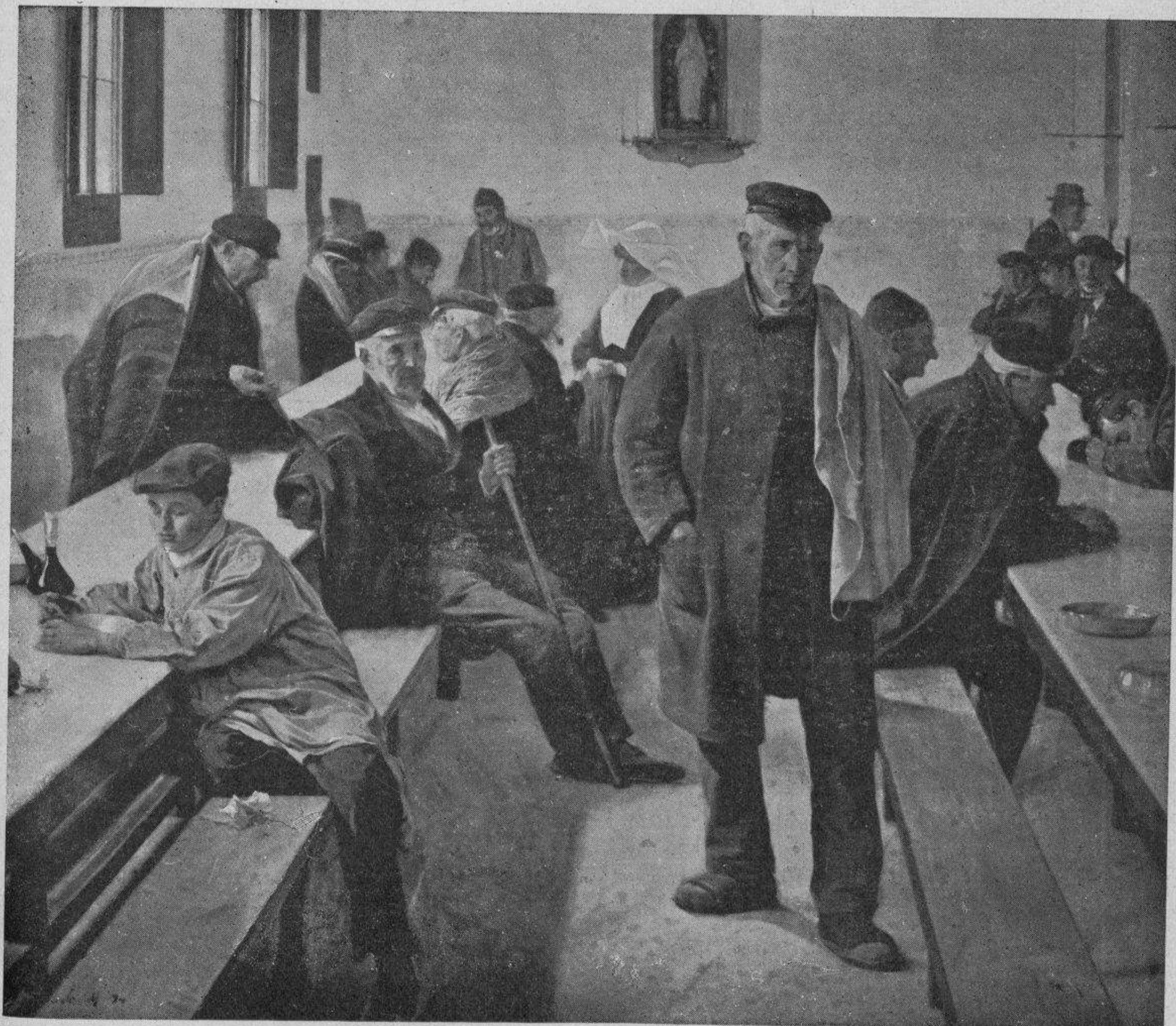
Está á pique de terminar la guerra; quizá cuando aparezcan estas líneas hayan de- puesto las armas ambos adversarios. ¿Qué ventajas ha reportado esta lucha? Ninguna en absoluto á quienes la han sostenido. Grecia tendrá que pagar, si puede, una indemniza- ción crecida; Turquía no puede esperar anexionarse ni una parte siquiera de su rival vencida. Si se sentaba ese precedente, si Tessalia volviera á poder de los turcos sin ope- sición de Europa, dentro de breves años Turquía sería lo que fué en lo antiguo. Bulga- ria, Servia, Rumanía y la Bosnia caerían en sus manos con bien poco esfuerzo si estaban reducidas al suyo propio. ¿A qué, pues, esa guerra? Los seis ó siete mil hombres que han perecido en ella han sido víctimas de lo que se llama pundonor nacional. Toda la sangre derramada lo ha sido sin provecho.

Aun cuando pueda parecer una afirmación extraña, Grecia y Turquía se han batido para demostrar que Alemania es temible. Los turcos, poniendo doscientos mil hombres en línea de combate y estando dispuestos á lanzar cuatrocientos mil sobre la patria de Pericles y Temístocles, patentizando que sus tropas guardan el empuje que las hizo temer y respetar de Europa entera, han dado saludable aviso á Rusia. En caso de una gue- rra, el colosal imperio que concentraría todo su empuje hacia el Vístula, puede ser herido en el talón, como Aquiles, y caer.

Guillermo II y el príncipe de Hohenlohe están de enhorabuena.

A. RIERA.

J. TRIADÓ



Casa Provincial de Caridad. — En el refectorio general



Su Excelencia

Su Excelencia estaba aquella noche en un estado que me permitiría calificar de borrachera, si no se tratara de todo un ministro, gran cruz de un par de órdenes, hombre político de primer orden y columna sólida de las instituciones. Pero tratándose de varón tan conspicuo, me permitiré únicamente insinuar que don Severiano Orózpide de Gardellano se encontraba algo malito... es decir, malito, no, en la verdadera acepción de la palabra, puesto que su rostro rubicundo rebosaba salud, y en todo su sér, en su gesto y en su palabra y en sus miradas traslucíase una exuberancia de vida, un derroche de salud y de fuerza vital. No estaba, pues, malo, el ministro, pero había bebido mucho y el perfume de los riquísimos vinos, apurados durante la cena, operaba el natural efecto.

Cuando se hubieron retirado los demás comensales, dos senadores, tres diputados, un general, un gobernador, un gran propietario urbano, un cacique rural y tres ó cuatro convidados insignificantes; nos quedamos solos Orózpide y yo en el cuarto del hotel que servía de despacho á Su Excelencia. Medio tendida ésta sobre los almohadones de un diván, aspiraba con voluptuosidad el humo de un veguero, cuyas azuladas espirales seguía con vaga mirada.

—¿Qué te ha parecido la comida, Juanillo?

—De rechupete; digna del anfitrión.

—Sí; no estaba mal. ¿Sabes chico, que he tenido un alegrón en volverte á ver?

—Pues ¿y yo?

—¡Cuánto tiempo sin saber el uno del otro!... ¡veinte años tal vez!

—Dispensa, chico... por mi parte sabía desde larga fecha lo que era de mi antiguo discípulo Severiano, á quien, aunque de lejos, he visto subir, abrirse paso, encumbrarse hasta las más altas cimas de la política. Y supongo, amigo mío, que no dudarás del sincero placer que he experimentado, viéndote tan alto: todo esto se merecía tu talento.

—Y más que mi talento, mi obstinación y mi sin vergüenza, añadió muy seriamente el ministro.

Y como me quedase cortado, prosiguió Severiano con mucha frescura.

—Lo que te digo, lo ha dicho con perifrasis más ó menos corteses, y á veces también

sin perífrasis la prensa de todos matices; y á la verdad, tiene completa razón la prensa: no vacilo en reconocerlo.

—*In vino veritas...* — dige para mi capote. Pero no creyendo conveniente asentir á lo que afirmaba mi antiguo condiscípulo — en ciertos casos la más rudimentaria cortesía exige que se contradiga al interlocutor—repuse:

—No quieras disminuir tu propio mérito. La... la sin vergüenza, como tú dices, no basta para elevar á un hombre sobre sus conciudadanos, para encumbrarle á las más elevadas esferas sociales, si ese hombre no está dotado de una verdadera superioridad intelectual.

Severiano sonrió irónicamente, se escanci6 una copita de *chartreuse*, que bebió de un sorbo, dió un par de chupadás á un habano, y contestóme.

—¡Superioridad intelectual!... sería preciso saber ante todo lo que entiendes por superioridad intelectual; es un concepto muy vago, muy elástico. ¿Te acuerdas de nuestros compañeros de Universidad?... ¿Te acuerdas de Pepe Gómez, cuya clarísima inteligencia, cuya penetración maravillaban á nuestros profesores?... ¿Te acuerdas de Roque Fernández, cuya aplicación asombrosa hacía de él un verdadero sabio?... ¿Te acuerdas de Lino Cascojares, de Ramón Vilella, de Alejo Prat, que descolaban siempre entre los primeros, monopolizando escandalosamente los sobresalientes y los premios por oposición?... ¿Qué era yo á su lado?... Un don nadie: un ignorante, y un corto de alcances...

—Di más bien que eras un perezoso; que no querías tomarte el trabajo de estudiar y de aprender.

—Bueno, sí, algo había de eso; pero había algo más... ó algo menos. ¿Te figuras tu, que aún cuando hubiese querido habría yo conseguido jamás lo que conseguían ellos?... ¡Cá! faltábame lo principal; faltábame la verdadera capacidad; faltábame esa... esa pasta cerebral de primera calidad, que se requiere para ser, por ejemplo, un escritor ilustre como lo es Pepe Gómez, ó un catedrático y tratadista insigne cual Roque Fernández, ó un abogado notable como Vilella. Pero que maldita la falta que hace — añadió Severiano con entonación orgullosa — para conquistar los primeros puestos en la Sociedad, cuando se tiene lo que yo tuve desde mis primeros años y sigo teniendo: un descaro inaudito, un conocimiento exacto de la inferioridad ajena, y esa sin vergüenza, envuelta en artístico ropaje, que pasa por todo, que lo arrolla todo y que no cede ante nada ni ante nadie.

—¡Severiano!—exclamé riendo—me parece que exageras.



— No exagero — repuso con vehemencia. — ¿A qué debo, sino á esa virtud de la sin vergüenza mi fortuna política? ¿Sin ella habría logrado nunca abrirme paso entre la turba multa y subir rápidamente los escalones que conducen á un hombre desde el arroyo á los más altos puestos?... Sin ese descaro monumental que ha sido mi mayor calidad, ¿habría podido por ventura vencer la inercia de los unos, la resistencia hostil de los otros, captarme la admiración de los tontos, el favor de los intrigantes que veían en mí una fuerza social, ni hacerme temer de los discretos, dispuestos siempre á transigir con un enemigo de agallas?... Créeme, Juanillo: todo cuanto soy lo debo á esa mi sin vergüenza, que me ha permitido hacer mangas y capirotos de mis convicciones y de las ajenas; que no ha puesto trabas ni cortapisas á las evoluciones más radicales de mi... conciencia política; pues un día me dió un puesto de concejal, luego un escaño de diputado, después una sub-secretaría, más tarde una cartera. ¡Ah! la sin vergüenza, ¡qué formidable palanca social no es!... Con todo su talento, con toda su ciencia, con todo su prestigio, ¿qué son al fin y al cabo esos de que hablaba ha un momento?... Pepe Gómez escribiendo páginas maestras gana á lo sumo tres mil duros anuales y no pasará de ahí. Roque Fernández desempeña una cátedra, y con ella y alguno que otro libro, consigue vivir modestamente. Vilella tiene un buen bufete y gana buenos honorarios, pero matándose de puro trabajar. En cambio, yo soy ministro, consejero de tres ó cuatro compañías, me hago veinticinco ó treinta mil duros anuales, y gracias á algunos negocillos, de esos que sólo puede proporcionar una gran influencia política, he puesto ya de lado tres ó cuatro millonajos de reales. ¿Y por qué?... pues por lo dicho: gracias á esa fuerza colosal que se llama la sin vergüenza.

Callóse Su Excelencia: echóse otra copita de licor al gznate y se repantigó sonriente, sumido en una especie de somnolencia satisfecha, en su diván, en tanto que yo le contemplaba con respetuoso recogimiento.

JUAN BUSCÓN.



Cantares populares

Se me ha muerto, madre mía,
¡y qué bonita que era!
se parecía á la Virgen
de Consolación de Utrera.

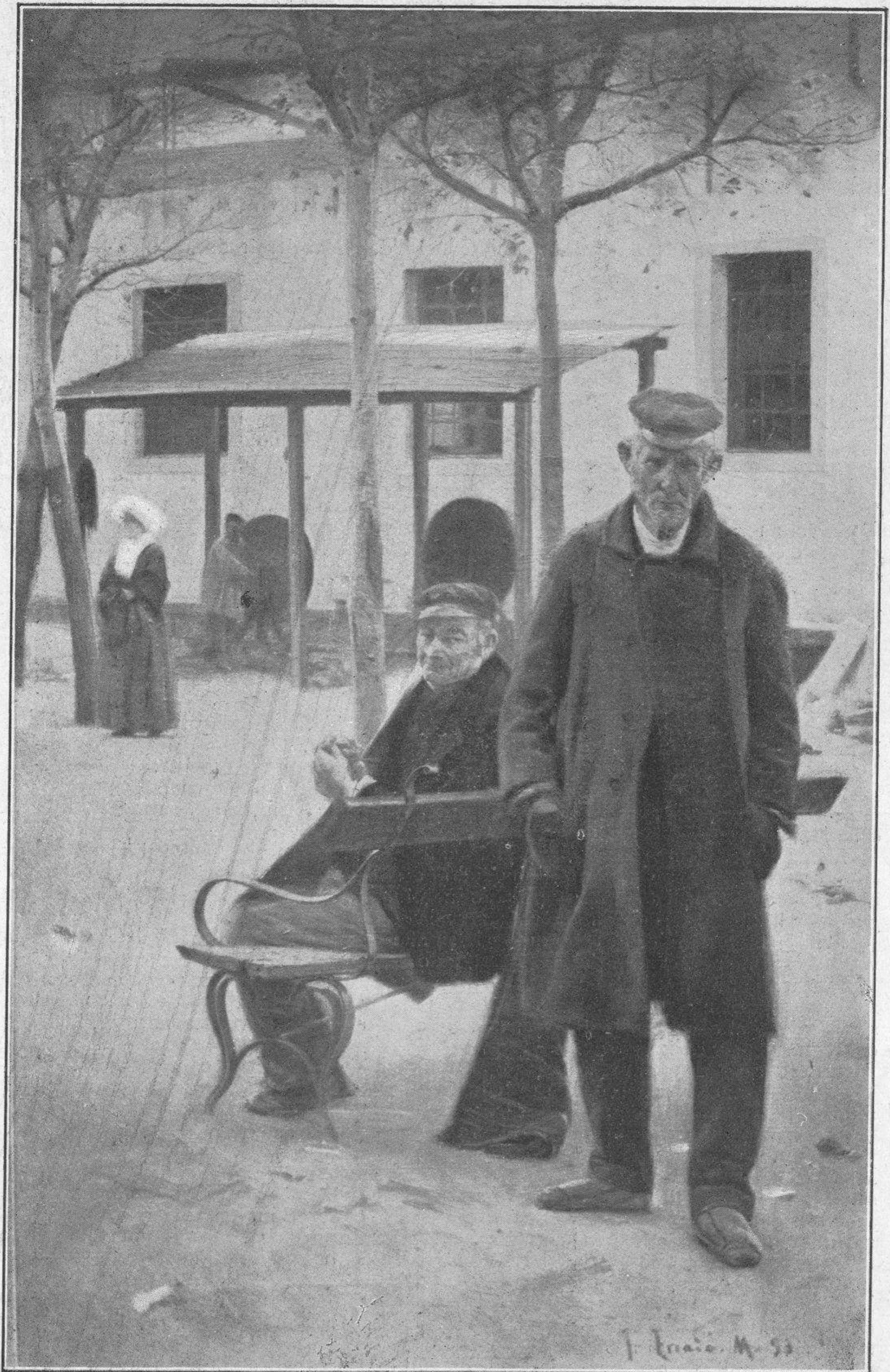
La gracia para querer
ni se compra ni se hereda,
que la da Dios á quien quiere
y á tí te dejó sin ella.

A aquel pajarito, madre,
que canta en aquella oliva,
anda, vé y dile que calle
que su canto me lastima.

Llorando te la escribí,
llorando te la mandé,
las lagrimas de mis ojos
no me la dejaron ver.

Si á mi corazón, morena,
algun día te asomasés,
¿qué efecto te causaría
ver en el fondo tu imagen?

Es seguro, vida mia,
que el querer quita el sentido,
lo digo por experiencia,
porque á mí me ha sucedido.



Casa Provincial de Caridad. — Patio de Nadal y de Dou

José Triadó Mayol

(NI SILUETA, NI BIOGRAFÍA)

La verdad es que me retoza la risa en el cuerpo al empezar estas líneas, porque me figuro que ha de salir por ahí alguien con cara de pocos amigos, que encarándose conmigo, al presentarle á Pepe Triadó, me diga:

—Bueuo, sí; ¿y á usted quién le presenta?

A mi, nadie, señor; enteramente nadie; por tal motivo, en cuanto concluya la presentación, me retiraré, no sin antes solicitar perdón por mi atrevimiento.

Y ahora preparo la máquina y enfoco.

¿Quién es ese con cara de niño y bigote lacio, de andar desairado, á quien parece que nada le interesa?

Lo vais á saber.

* * *

Para los que buscan analogía entre el aspecto de uno y lo que el individuo realiza, Triadó sería un enigma.

Al verle, nunca se os ocurrirá preguntar quién es. Su tipo, no es de esos que á la legua denotan ser *algo*. Le miraríais con indiferencia y sólo al oírle hablar, mejor dicho, discutir, es cuando tal vez os entrará curiosidad por ese joven con cara de chiquillo. Y lo que os movería á interesaros por él, es la claridad de su argumentación, que no admite réplica. Os vence en seguida; siendo tal el caudal de resortes que posee para apabullaros, que uno ha de rendirse ante su lógica, siempre de buena ley... y práctica.

Su carácter es entero: se propone una cosa y la logra. Se traza un camino, y no se aparta de él, pese á quien pese, y cueste lo que cueste. Domina tanto su voluntad, que ésta nunca se le declara en rebeldía.

Su talento es muy flexible: si en vez de pintar se dedicara á otra carrera, sobresaldría igualmente.

Ponderar lo mucho que trabaja fuera inútil; sólo trabajando uno se impone.

Y ha conseguido imponerse.

* * *

Hablemos del pintor.

Su personalidad artística no está aún bien definida. Yo creo que la mayoría de los lienzos que ha producido no reflejan aún su modo de ser.

Y es que, para mí, dentro de él existen dos influencias que se repelen.

Si pusiérais en formación lo que hasta la fecha ha pintado, notaríais dos tendencias. Una espontánea, producto del sentimiento. Otra de ansia, de indagación, hija del cálculo.

Me explicaré. Cuando deja libre la imaginación y compone á merced de su fantasía, entonces es *él*. En estos instantes es cuando de su paleta surgen las finezas de color y da bien la *nota*. Recordad sino sus paisajes neblinosos, donde la forma adquiere gran vaguedad y las lejanías se difuman en una escala de tintas.

Pero cuando tiene delante el natural, su afán de analizar y *construir* le lleva muchas veces á extremar su estudio, *viendo* demasiado.

He dicho antes que esto en Triadó era resultado del cálculo. Y lo voy á demostrar.

En arte, quien estudia de verdad y tiene el modelo ante sí, nunca queda satisfecho de su trabajo; y al comparar lo que pinta con la riqueza de matices del natural, lucha por conseguir vencer su impotencia.

En este caso ocurre que, á fuerza de querer copiarlo *todo*, se peca por exceso.

Ahora bien: el que posee talento le importa un ardite el que se le censure por dicho motivo, porque sabe que para conocer las cosas hay que analizarlas, descubriendo entonces en ellas lo que verdaderamente es propio su carácter. Y esto lo realiza á sabiendas, puesto que posee la certeza que ese estudio de investigaciones le facilitará más tarde resolver con sencillez las dificultades. Como resultado de esto, pudiera decirse refiriéndose al pintor catalán. Triadó se halla ahora en su período juvenil, pero en vez de dejarse arrastrar por lirismos pictóricos, que es lo que á muchos malogra, tiende á estudiar el natural con ingenuidad, sin querer ser poeta, filósofo, ni nada. Porque tiene criterio suficiente para saber que sino se lleva en la masa de la sangre, es inútil que uno se proponga en arte ser tal ó cual cosa.

Peró ocurre con él un caso singular. Y es lo que decía al principio; es más personal cuando pinta de *recuerdo*. Y entonces es poeta. ¡Caso más extraño! Y lo es de buena cepa. Sin cursilerías ni resortes gastados.

Ello me obliga á devanarme los sesos según intento analizar su modo de ser pictórico.

J. TRIADÓ



En el patio de cordeleros

J. TRIADÓ



Hermana de la Caridad

J. TRIADÓ



J. Triadó

Misa primera

Porque cuando fundo lo que digo en alguna de las obras que ha realizado, en seguida recuerdo otra que me desbarata lo que pudiera afirmar acerca de su idiosincrasia artística.

Voy á poner un ejemplo: Su cuadro «La Muerte.»

Ved ese anciano que vacilante camina entre zarzales, mirad á la Muerte que aprieta contra sí al pequeñuelo, y hallaréis al pintor sujeto al natural. Pero observad el ingrato paisaje que lame á trechos el sol poniente y veréis al artista que poetiza *sin saberlo*.

Malo, dirá alguien torciendo el gesto. Artista que oculta su alma, no es sincero. Y aquí de mis apuros para demostrar que lo es.

¿En los dos casos? Sí.

A veces el natural le absorbe y con sinceridad le copia, otras da rienda suelta á su sentimiento, y éste es el que inspira.

¿Quién vencerá? ¿el poeta ó el verista?

* * *

Con lo dicho puede creerse que el joven pintor se *preocupa* en arte, cuando por su idiosincrasia sucede todo lo contrario.

Se halla influído por las tendencias innovadoras, ¡qué duda cabe! pero admite de ellas sólo lo preciso para no resultar anticuado.

No camina á la vanguardia, deja que los otros exploren nuevos terrenos, pero luego él se aprovecha de los tanteos de los demás, para afirmar lo suyo. Por esto nunca desentona. Podrá estar más ó menos acertado, pero siempre, ¿cómo lo diré?... *guardará el equilibrio*.

Y es que tiene el gran don de la clarividencia que le permite seleccionar, desdeñando lo que no se basa en algo serio, aceptando únicamente lo aprovechable; pues sabido es que los innovadores comienzan siempre por exagerar, aceptándose de ellos, á través del tiempo, tan sólo lo razonable.

Lo nuevo en arte viene siempre por sus pasos contados, nunca se impone de golpe y porrazo.

Si hubiera que encasillar en algún *grupo* artístico á Triadó, diría que pertenece al grupo de *transición*. En él se refleja la enseñanza académica unida á las doctrinas modernistas. Por esto puede ser comprendido por todos. Y por tal razón se le admira y se le censura en los dos bandos, aplaudiéndole cada cual, según que el trabajo que expone se inclina más á una tendencia que á otra.

Pero el pintor no escucha á nadie—es grande su entereza—y sigue, como digo al principio, el camino que se trazó, pues sabe que quien en arte comienza á titubear ha perdido la jornada.

* * *

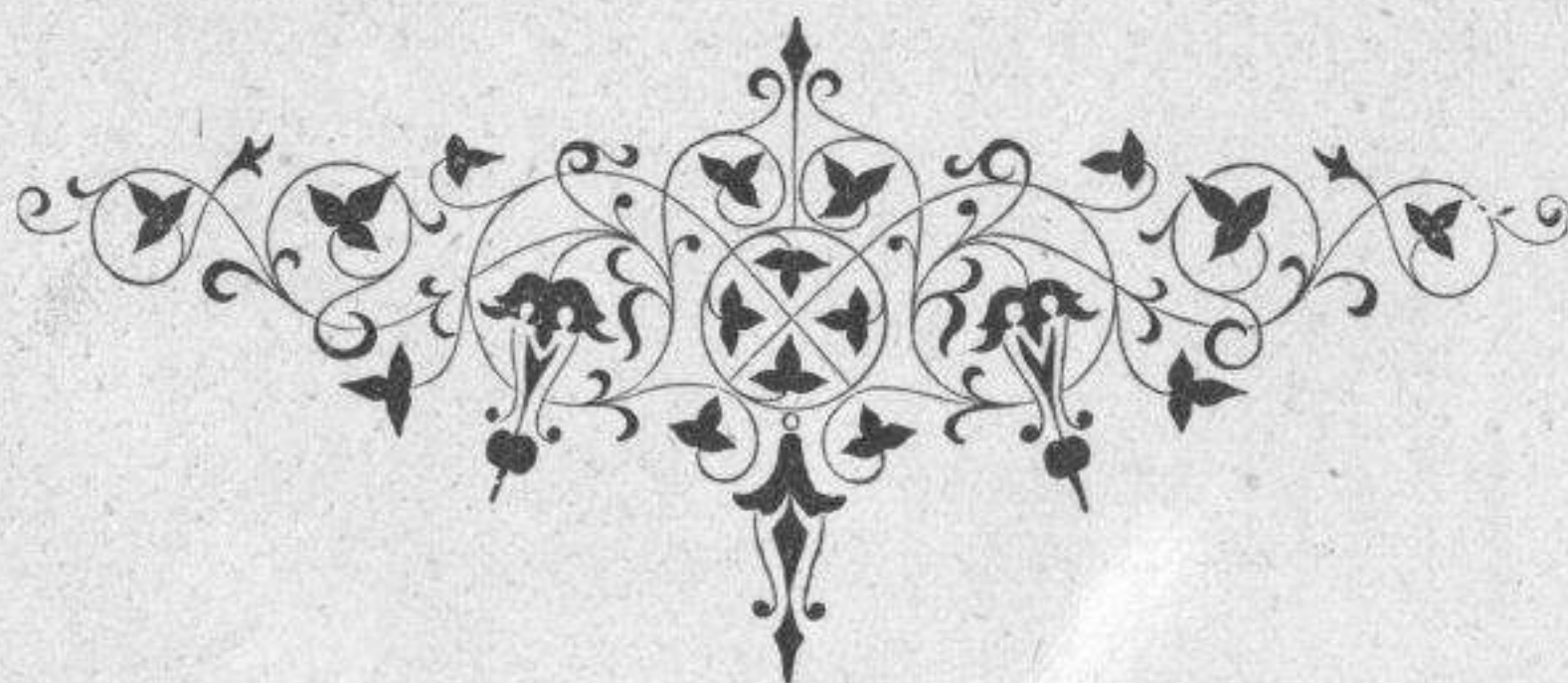
Ya sé, que me contradigo en mucho de lo que escrito va, pero como es doble el aspecto en que se presenta el artista, se encuentra uno perplejo y ha de divagar mucho para hablar acerca de él.

También sé que con estas líneas quizá no satisfaga al *interesado*, aunque creo que preferirá este modo de presentarle al público, que no que digera aquí que es un gran talento. Porque él está convencido de que no lo es.

De lo que sí estamos convencidos todos es de que *subirá*. Por eso entre los del oficio se le atiende y mima. No por nada. Sino por egoísmo de que algún día no se calce las espuelas.

Porque con el tiempo está destinado á ser del areópago.

CODOLÁ.



J. TRIADÓ



Las Sirenas. — Fantasía

Proximidad del bien

En el tiempo en que el mundo informe estaba,
Creó el Señor, cuando por dicha extrema
El paraíso terrenal formaba,
Un fruto que del mal era el emblema,
Y otro fruto que el bien simbolizaba.

Del miserable Adán al mismo lado
El Señor colocó del bien el fruto;
Pero Adán nunca el bien halló, ofuscado,
Porque es del hombre el mísero atributo
Huir del bien, del mal siempre arrastrado.

El fruto que del mal el símbolo era
Puso Dios escondido y muy lejano;
Pero Adán lo encontraba en donde quiera,
Abandonando en su falaz quimera,
Por el lejano mal, el bien cercano.

¡Ah! siempre el hombre en su ilusión maldita
Su misma dicha en despreciar se empeña,
Y al seguirla tenaz, tenaz la evita,
Y aunque en su mismo corazón palpita,
¡Lejos, muy lejos, con afán la sueña!...

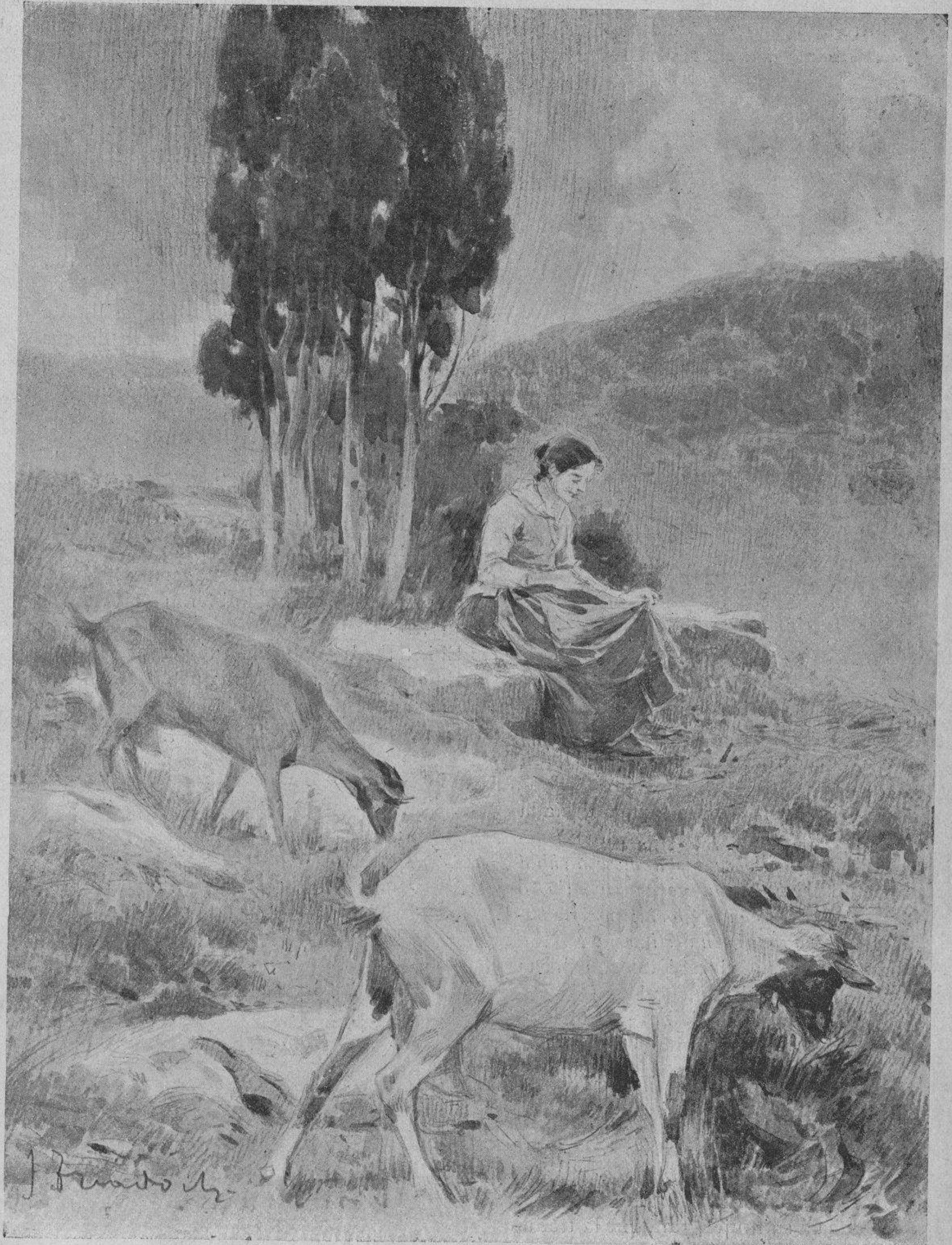
RAMÓN DE CAMPOAMOR.

J. TRIADÓ



En la cuina

J. TRIADO



Clóe

¡Oh la elocuencia!!!

Entre la *turba multa* de diputados ministeriales, sin más aficiones parlamentarias que los *emparedados*, se encuentran muchos, soñando noche y día, con el nombramiento para un alto puesto administrativo.



La única vez que Lagartosa habló en el Congreso, lo hizo aprovechando una tarde de agua y truenos, en que el salón de sesiones quedó desierto y el Presidente se puso á leer una comedia de Pina.

—Señor Presidente, que se cierren estas ventanas, porque con el ruido de la tormenta, no puedo coordinar mis ideas.

A los cinco minutos recorría los pasillos de la Cámara, recibiendo los plácemes de sus amigos.

—Muy bien, muy bien; ha estado usted á gran altura, decían'e unos.

—Se ha elevado usted á la *claraboya* de la elocuencia parlamentaria; añádiale un guasón.

Los adversarios decían:

—Hasta los elementos no han llevado con paciencia la *perorata* de Lagartosa, y sino acaba pronto, centellas hubieran caído sobre su pupitre.

El interesado no sabía qué pensar.

En casa le reprochaban que en seis meses

de legislatura no hubiese abierto la boca más que para reñir á la criada.

La esposa dudaba de su energía; porque tres veces á punto estuvo de gobernar una provincia y otras tres veces se le fumaron la breva.

—*Lo que le farta á tu mario, decía la suegra, es irtención política. Si los insur-tos que ma dirigió se los hubiese dicho á Cánovas, ó le hubieran yevado ar palo, ó toitos extaríamos en la gloria; porque habría conseguido un buen destino.*

Lagartosa no vive ni duerme hasta conseguir el suspirado empleo.

—¿Por qué no me habrá puesto Dios algo aquí? exclama á mitad de la noche, incorporándose en la cama y dándose una palmada en la frente.

Su primera ocupación matinal consistía en leer los periódicos.

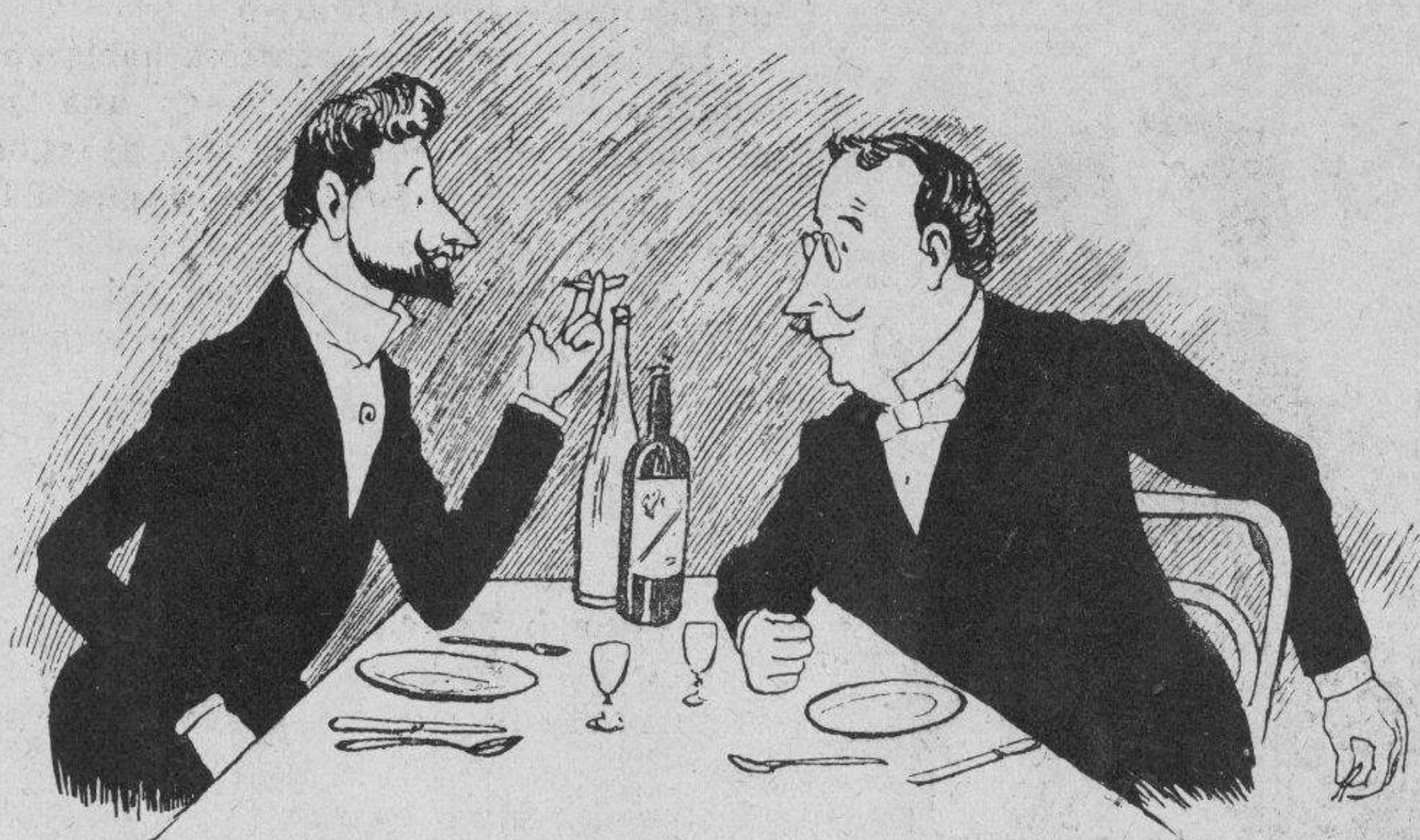
Cuando encontraba alguna palabra francesa, la copiaba cuidadosamente y se la daba á su mujer, para que la tradujera la modista.

Luego se daba un paseíto por el Bazar de la Unión, alrededor de las lám-



paras de petróleo; porque, como él decía: — A mí lo que me hace falta son *luces, luces* y nada más.

Varias veces invitaba á almorzar á cualquier compañero, para saber sobre *qué, cuando* y *cómo* podría él meter baza en alguna discusioncilla de la Cámara.



Al salir de ella, no se olvidaba de ir al Café del Prado, para agasajar á un su amigo, reporter de *La Correspondencia*.

Así se explica, que al siguiente día, dijera aquel periódico:

«Aunque el Sr. Lagartosa, en su exquisita delicadeza, no admitiría el elevado cargo, nos consta, de una manera positiva, que el Gobierno se halla decidido á confiar la Dirección General de Penales al simpático y elocuente diputado por Tembleque.»

El cual suelto provocaba éste de *El País*:

«La parlanchina *Correspondencia*, con ese incorregible prurito de sacar á la superficie nombres que no merecen la pública atención, nos habla anoche de un tal Sr. Lagartosa, *elocuente* diputado, que *por delicadeza* rechaza una Dirección General, que, tal vez, *solamente* el redactor de la noticia ha querido concederle.»

—¿Será posible, Lagartosa. pichoncito, preguntábale su mujer, en cuanto le vió entrar en casa, que te vayan á nombrar *eso* que dicen los periódicos?

—Déjame; y se marcha diligente á casa del periodista amigo.

—Vengo loco de contento. ¿Ha leído *El País* desmintiendo el suelto de usted?

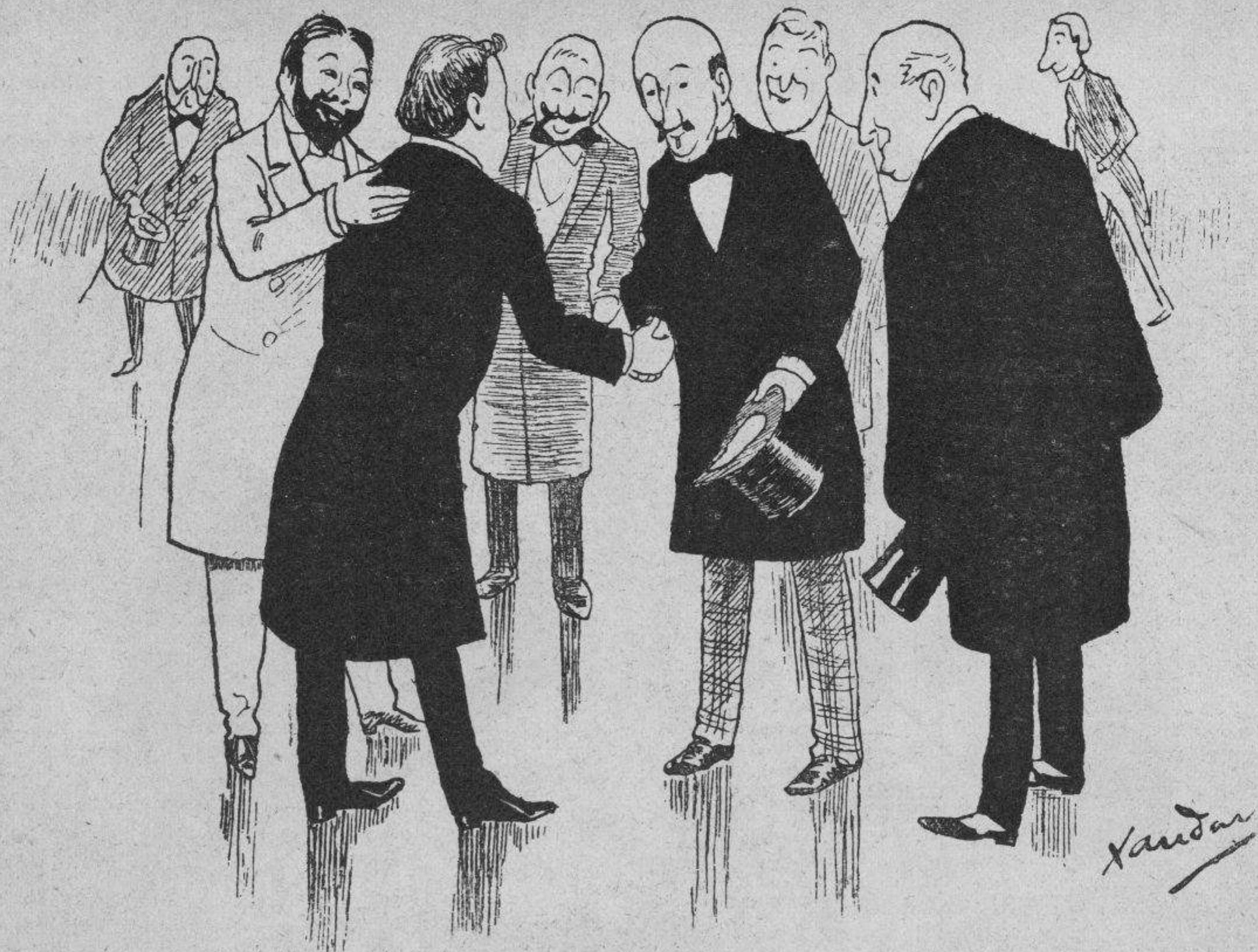
—Magnífico. Por esto se empieza.

—Conviene no perder tiempo. Ya son dos los que hablan de mí; es menester que otros periódicos continúen...

—A ver si el Gobierno se fija...

—¡Y me calzo la Dirección!

La casa del diputado se llena de curiosos y pretendientes que van á felicitarle, *preventivamente*.



A los cuatro días, dice *La Época*:

«El diputado por aquel distrito, Sr. Lagartosa, ha entrado en la Dirección General de Penales, á despedirse del nuevo jefe y á ofrecerle sus valiosos servicios en Tembleque, á donde va, llamado por telégrafo, para dedicarse al importante cultivo del azafrán».

PEDRO GAY.

Fantasia

Mi alma de la vida en el desierto
Cargada de recuerdos siempre avanza,
Buscando en alas de la brisa un huerto
Donde nazca la flor de la esperanza.

De blanco lino en el flotante velo
Tú eres el ángel que en sus sueños quiso
Enviarme Dios para llevarme al cielo
¡Oh mística Beatriz del Paraíso!

Yo amaba el trueno del volcán que aterra,
La muerte asida al bote de la lanza,
El torrente rodando por la sierra,
El eco repitiendo la venganza.

Pero te miro á tí, naciente rosa,
Y amo la soledad del bosque umbrío
Y amo la flor que osténtase orgullosa
Ceñida por los besos del rocío.

Rey del dolor, mi imperio de tristeza
Sobre campos y mares el sol dora
Y en la noche eternal de mi cabeza
Cautiva estaba de tu amor la Aurora.

Pero tu rostro á contemplarme inclinas
Y al bello sol de tu mirada ardiente,
Esta corona tétrica de espinas
Aun puede florecer sobre mi frente.

¿Oyes el ruido en que los pinos crecen,
Y al caer de las hojas lo que hacen?
Son besos de placer que se estremecen,
Son suspiros de amor que se deshacen.

Amemos, pues, sobre el estéril suelo;
Posa en mi frente tu brillante ala,
Que para alzarnos al distante cielo
El arco iris servirá de escala.

Hoy quisiera bajar al Océano
Y de la tierra al corazón ardiente,
Por una perla para ornar tu mano,
Por un diamante para ornar tu frente;

Y ser quisiera el aura que perfuma
De tu inocencia la bendita palma,
Y recoger tu lágrima en mi pluma
Para escribir tu nombre sobre el alma.

MIGUEL SANCHEZ PESQUERA.

J. TRIADÓ



Amistad



Ha dejado de colaborar en este semanario el distinguido literato don Leopoldo Alas (Clarín).

Asimismo termina en su cargo de director el señor Suárez Casañ.

Gedeón y su hijo se dirigen en el tren á un establecimiento balneario.

El chico lleva en la mano los billetes, y al advertirlo el padre le dice ceremoniosamente:

—Guarda esos billetes; á nadie le importa saber que viajamos en tercera.

Una novia que tuve
Me ha despedido;
Bautizadme, señores,
Que hoy he nacido.

—¿Dices que ese hombre tan rico ha pedido limosna?

—En una esquina.

—Ahora dará mucho...

—No, sigue pidiendo cruces, títulos, honores.

Matan con lucida ofensa
Tus bellos, divinos ojos,
Y aunque no han menester vidas,
Siempre roban las de todos.

Dialoguito:

La mujer —Hoy hace años que te casaste conmigo, Homobono.

El marido.—Sí, monona mía. (*Aparte*: Hoy hace treinta años que me condenaron á cadena perpetua).

Un vecino honrado decía á otro que apaleaba diariamente á su mujer:

—¿No le da á usted vergüenza tratar así á su pobre esposa?

—Yo le diré á usted: respeto siempre á mi mujer; á quien sacudo es á la hija de mi suegra.

El perdón no se impone, se recibe; de otra manera, dejá de ser perdón; es debilidad, impunidad, injusticia.

A. Nicolás.

Si los pícaros fueren capaces de conocer las ventajas que hay en ser hombre de bien, serían hombres de bien por picardía.

Franklin.

El que cree tener diez amigos, no tiene ninguno.

Malherbe.

El que no da un oficio á su hijo, le enseña á ser ladrón.

Proverbio turco.

Si me engañas una vez, tuya es la culpa, si me engañas otra vez, la culpa es mía.

Quien cierra sus oídos al clamor del pobre, clamará y no será oído.

Salomón.

Los valientes son humanos; los cobardes son crueles.

Cristina de Suecia.

No todos los doctores son doctos, ni todos los bien hablados son discretos.

Joaquín Setanti.

Dices que me darán mucho dinero
Porque me case; lo barato es caro;
Recelo que me engaña el pregonero.

Que el escribano en las salas
Quiera encubrirnos su tiña
Siendo ave de rapiña
Con las plumas de sus alas;
Que echen sus cañones balas
A la bolsa del potente,
Mal haya quien lo consiente.

F. de Quevedo.

Una institutriz pregunta á su alumna:
—Diga usted, Enriqueta, ¿cuál es el futuro del verbo amar?

—¡Casarse!

LA SAETA

Semanario ilustrado

DIRECTOR
V. SUÁREZ CASAN

PROPIETARIO
PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado